

✦ Por Mayor General José Roberto Ibáñez Sánchez  
Presidente Academia Colombiana de Historia Militar

# Cien años

## de la pérdida de

Consecuencias de la guerra y de la separación de Panamá

### └ Efectos inmediatos de la guerra

Hablar de las consecuencias políticas, económicas y sociales de la Guerra de los Mil Días y de la subsiguiente separación de Panamá es remitirnos a toda la historia colombiana del siglo XX, porque ellas trascendieron con tanta fuerza en la vida nacional, que las tres primeras décadas del siglo pasado giraron alrededor de estas dos tragedias sucesivas, e incluso la vida posterior del país hasta hoy ha estado de alguna manera influenciada por ellas.



▪ Guerra de los Mil Días

En primer lugar, tenemos que reafirmar que la Guerra de los Mil Días tuvo como efecto político inmediato la separación de Panamá, ocurrida un año después. Porque, como ya lo hemos advertido, fueron las guerras civiles, en particular esta última, junto con el tratado Mallarino-Bidlack de 1846, la construcción del ferrocarril por los Estados Unidos, el fracaso de Lesseps en construir el canal, las constituciones federalistas, el excesivo centralismo y la ceguera y el abandono del gobierno colombiano ante la importancia del istmo como uno de los grandes ejes de la navegación mundial, las circunstancias que coadyuvaron al separatismo y acostumbraron a los norteamericanos a ejercer allí soberanía, mientras la teoría Mahan creaba la necesidad geopolítica.



▪ Ciudad de Panamá

## | Quinta Parte |

# Panamá



Amador Guerrero ▪

La negativa del congreso colombiano a ratificar el tratado Herrán- Hay, que los panameños aprovecharon para consumar su independencia, fue en realidad una consecuencia de la situación planteada. Y la traición de Amador Guerrero y Esteban Huertas, el mismo que fusiló a Lorenzo, y la actitud de los demás conjurados, fueron producto de los dólares norteamericanos.



Todo concluyó en 1903 en una nación exhausta, desangrada, arruinada, despoblada, pobre y atrasada de la civilización y del progreso, por los efectos destructivos de la última guerra civil, que cubrieron todo el país de manera catastrófica, sin distinción de condición social, edad o sexo. La pérdida de alrededor de 100 mil vidas humanas en un país que apenas alcanzaba los cuatro millones de habitantes, es decir, el 2,5 por ciento del total de su población, fue sin duda la más grave consecuencia inmediata de la guerra. Cuantificar lo que representó esta cifra en términos espirituales y materiales es inenarrable: vidas cegadas, la mayoría en plena juventud y productividad laboral, en un país donde el trabajo agropecuario era la principal fuente de su sostenimiento, y sin posibilidad de remediarlo siquiera a mediano plazo, sino con el paso de una o dos generaciones, como efectivamente ocurrió.

La guerra concluyó en 1903 en una nación exhausta, desangrada, arruinada, despoblada, pobre y atrasada de la civilización y del progreso, por los efectos destructivos de la última guerra civil, que cubrieron todo el país de manera catastrófica.



reconstrucción de principios de siglo ▪

En las primeras generaciones del siglo XX, con frecuencia oímos a nuestros padres y abuelos quejarse de la orfandad y la ruina en que quedaron tantos compatriotas, no sólo como efecto de los muertos por la hecatombe, sino por los que quedaron heridos, enfermos, incapacitados, impedidos, mutilados, todos ellos traumatizados física y mentalmente para enfrentar la vida en condiciones de dignidad humana. Y con ellos, la cantidad de viudas, huérfanos y padres abandonados de Dios y de la suerte, sin que recibieran auxilio alguno de un Estado en bancarota, arruinado e imposibilitado para resarcir siquiera los daños más sensibles, como los de la salud.

La siguiente narración sobre el estado de postración en que quedaron los pueblos de la ribera del río

Magdalena nos ahorra cualquier otro comentario en este sentido: “Las poblaciones han quedado casi desiertas y muchos de sus habitantes, reducidos a la miseria, se han visto precisados a refugiarse en los montes. Una de aquellas poblaciones llegó a presentar, después de un combate, el cuadro más horroroso que se pueda imaginar: montañas de cadáveres en putrefacción mezclados con los heridos impotentes para levantarse de un lecho de corrupción donde expiraban, en medio de lamentos desesperados, caballos mutilados por las llamas con los ojos quemados y fuera de las órbitas, y que apenas sentían los pasos de algún transeúnte trataban de

incorporarse y seguir como en busca de auxilio; casas reducidas a cenizas, charcos de sangre en las calles. Todos los pueblos de las orillas del Magdalena están devorados por la vegetación espontánea del suelo, y sólo se descubre en muchos de ellos tal cual techo pajizo que asoma por encima de los arbustos. Poblaciones florecientes en otra época, como Magangué, han perdido su comercio y retrocedido a un estado primitivo. Largos años serán necesarios para reparar las pérdidas”.

Los males de una guerra pueden recuperarse de manera relativamente rápida en países poblados, ricos, cultos y desarrollados, como sucedió con los Estados Unidos luego de la de Secesión y en Europa después de las dos guerras mundiales del siglo XX. Sus poblaciones poseían ciencia, tecnología e infraestructura social y económica, lo que les permitió no sólo recuperar los daños ocasionados por las guerras, sino proyectarse con mayor dinámica de desarrollo que antes de ellas.

Pero en el caso de Colombia, los efectos de la guerra no podían ser más nefastos, pues había quedado un país con una organización social y económica de corte feudal, que no había logrado romper completamente los distintos intentos de modernización propuestos por algunos de sus gobiernos, con una industria y una banca incipientes, un comercio internacional e interno limitados, una agricultura fundamentada en herramientas tan viejas como la civilización y una población individualista, con escaso sentido comunitario y de



solidaridad, sumida en la ignorancia, el aislamiento y la miseria, y de contera, con criterio mediterráneo, distante mental y geográficamente del mar —que en otras latitudes es fuente de riqueza, pero sobre todo de desarrollo del comercio con otras naciones—.

Por eso, la guerra civil de los Mil Días, como síntesis horrenda de la devastación ocasionada por las anteriores, ni siquiera estancó el desarrollo nacional, sino que lo retrogradó, especialmente en el campo, a sus condiciones más primitivas. Es comprensible que sobre sus efectos nada se hubiera investigado ni planteado a nivel oficial o privado, tal vez porque aquella generación, a pesar de ser consciente de la destrucción ocasionada, de su responsabilidad y compromiso en ella, limitó su capacidad mental y espiritual. Ni siquiera las memorias de guerra de entonces dejaron constancia del desarrollo del conflicto, en cuanto a la parte puramente bélica de sus objetivos, estrategias, tácticas, logística, movimientos de tropas y demás argumentos útiles como lecciones para las posteriores generaciones. La excepción fueron las batallas de Palonegro y Aguadulce, por sus efectos políticos internos e internacionales.



### Crisis económica de la posguerra

El sostenimiento de un ejército cercano a los cien mil hombres del gobierno y 40 mil de la revolución, en un país aquejado por la pobreza tradicional, costó a la economía nacional 100 millones de pesos oro, que otros calculan hasta en 300, equivalente al presupuesto nacional de los diez o quince años siguientes. La devaluación de la moneda llegó a más del mil por ciento y con ello llegó la desconfianza de los inversionistas nacionales y extranjeros, el cierre del crédito externo, el abandono y desolación del campo y la consecuente baja en la producción del sector. La bancarrota de las finanzas públicas, la avaricia y la usura sentaron su imperio. Los precios de los víveres y artículos de primera necesidad se desbordaron, sumiendo en el hambre a la mayor parte de la población, mientras los salarios afectados por la inflación galopante carecían de poder adquisitivo para las necesidades primarias de subsistencia.

La pérdida de valor del papel moneda en el período de la guerra y la posguerra redujo de manera notable los ingresos oficiales, como quiera que los aranceles continuaron siendo los mismos, e incluso los de las exportaciones se paralizaron. Los fletes y transportes crecieron en términos geométricos: los ferroviarios, 37 veces; los fluviales, 27, y el flete de mulas, 56 veces, mientras el sistema de comunicaciones, especialmente el telegráfico, blanco preferido de la revolución, había sido destruido de manera severa.

Pero además el gobierno se vio enfrentado y agobiado por gastos extraordinarios, dado el tamaño del ejército, que con

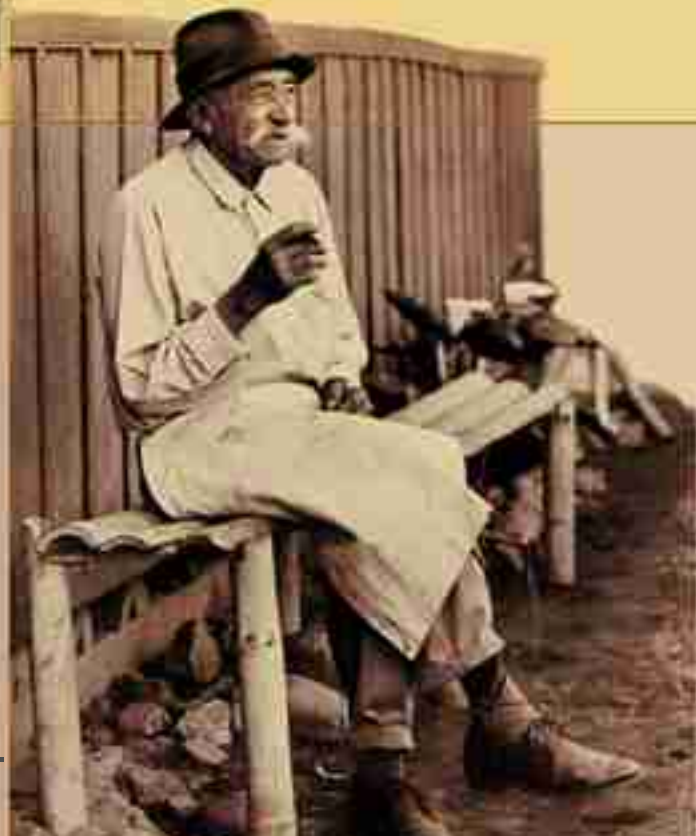
La guerra, a más de generar una espiral de odios, traumatizó la economía en su producción, transporte y trabajo. La inversión se paralizó y las haciendas fueron assoladas por las dos fuerzas en contienda.



▪ Guerra de los Mil Días

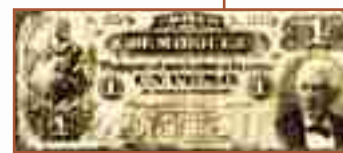
Porque la guerra, a más de generar una espiral de odios crecientes, traumatizó la economía en su producción, transporte y trabajo. La inversión se paralizó debido a la inseguridad generada, las haciendas o cosechas fueron assoladas o cuando menos diezmadadas por las dos fuerzas en contienda, pero especialmente por las guerrillas, pese a los acuerdos de paz, que surtieron efecto en los ejércitos organizados pero no en el total de éstas, pues muchas de ellas continuaron assolando varias regiones por algunos años.

Las exportaciones se estancaron sin poder salir de los puertos, y las importaciones prácticamente desaparecieron.



los tratados de paz seguía siendo indispensable para hacerlos efectivos, y también por la burocracia tradicional. El diario conservador El Colombiano calculó el déficit oficial en diciembre de 1902 en cerca de 17 millones de pesos mensuales, que se cubría con una emisión diaria de más de 500 mil pesos en billetes, situación que obligó al gobierno a atrasar el pago de salarios a empleados civiles y militares, así como a retardar los contratos oficiales. Incluso llegó a suspender el pago de sus obligaciones, exceptuando las más apremiantes. Y como si esto fuera poco, el Estado debió proveer las reclamaciones nacionales y extranjeras por daños causados en la guerra por parte de las fuerzas oficiales.

tes sectores industrial, manufacturero y artesanal.



▪ Emisión de billete de 1905

La situación pareció llegar al abismo cuando a comienzos de

1903 fue nombrado ministro de Hacienda Aristides Fernández, tan temible en política como ignorante en economía. Pero en esta oportunidad su actividad en la cartera produjo algunos frutos, ya que, con el mismo apasionamiento con que perseguía a sus contrarios, se dio a la tarea de contener las graves dificultades de la economía con sentido común. En circular dirigida a los gobernadores, al mismo tiempo que reconocía su falta de experiencia en economía, expresaba su firme voluntad de enfrentar la crisis con un programa simple y efectivo: suspender nuevas emisiones, reducir drásticamente los gastos



▪ Las cosechas y el campo sufrieron el atraso en la posguerra

El trabajo afectó en mayor grado la economía durante la guerra y la posguerra. Las frecuentes levadas militares de los dos bandos en contienda sacaron del mercado la fuerza productiva de cientos de miles de trabajadores, convertidos en soldados o guerrilleros, y a otros tantos que pudieron escapar de la lucha y huyeron a los montes, donde se entregaron a labores agropecuarias de subsistencia, sin que por esta razón tuvieran incidencia en la productividad nacional. Lo mismo ocurrió en las ciudades con los incipien-

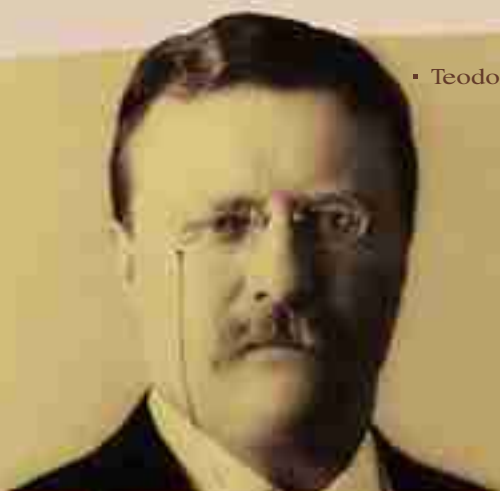
del gobierno y aumentar los ingresos mediante un presupuesto austero que trasladaba parte de la carga financiera del gobierno a los departamentos, además de una reforma integral de tarifas para obtener nuevos recursos. Según Bergquist, "Fernández creía que las actividades de especuladores, usureros y falsificadores eran la causa principal de la depreciación del papel moneda, de las amplias fluctuaciones de la tasa de cambios y del alto costo y la escasez de bienes esenciales". A estos parásitos había que tratarlos de manera inexorable.

Pero fue este deseo de barrer con especuladores, falsificadores y usureros, tal como lo había hecho con los liberales, lo que lo fue distanciando del vicepresidente Marroquín, pues éste, aun cuando creía necesarias fuertes medidas para reanimar la maltrecha economía y estaba presionado por los sectores intransigentes de su partido a gobernar con ellos, también pensaba que otorgarle a su ministro y a ese sector político excesivos poderes iba en detrimento de su gobierno y autoridad.

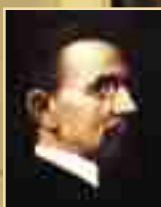
El nombramiento de unos jueces en Cundinamarca que habían tomado las armas

quín hacia los sectores moderados del conservatismo histórico y del liberalismo pacifista. El vicepresidente concedió a Fernández una licencia, al final de la cual, al intentar recuperar el poder que tenía mediante un fuerte pronunciamiento favorable a fortalecer las medidas de estado de sitio, llevaron a que el gobierno aceptara su renuncia.

En junio de 1903 se superó la amenaza de golpe de Estado ocasionada por la renuncia de Fernández y del ministro de Guerra José Joaquín Casas, que representaban el sector reaccionario e intransigente. El gobierno, en cumplimiento de los tratados de paz, expidió el decreto que daba fin al estado de sitio, con lo cual empezó a cobrar impulso un espíritu reformista tendiente a eliminar las causas que habían llevado al país a la guerra y a conciliar los resentimientos políticos ocasionados



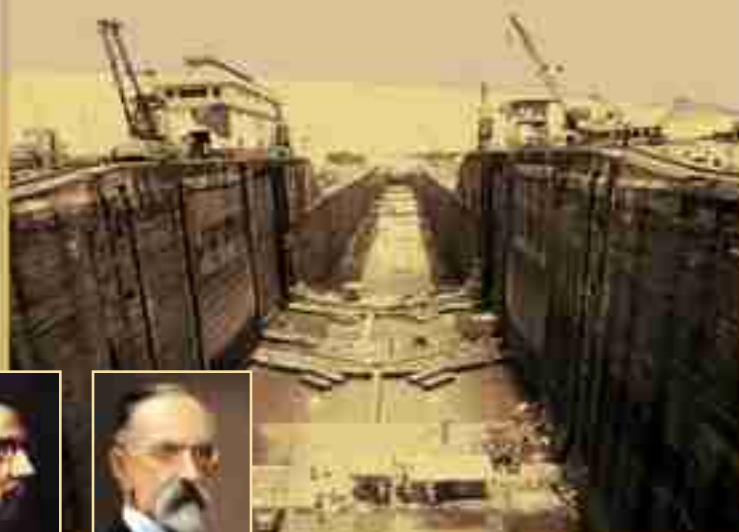
▪ Teodoro Roosevelt



▪ José Manuel Marroquín



▪ William Taft



por ella. Este sentimiento imperó en el renovado Congreso que se instaló el 20 de julio, el mismo que se vio obligado a rechazar el tratado Herrán-Hay, por las circunstancias ya analizadas.

#### La nueva República

Retomando la situación panameña, a partir del 3 de noviembre de 1903, hemos de decir que, aunque la gran mayoría de la población era ajena a los acontecimientos, con el tiempo terminó por acomodarse a ellos. Pero sus

contra el gobierno durante la guerra, el cual fue ratificado por el Tribunal Superior y obligó al ministro a ratificarlos, fortaleciendo la separación de los poderes, fue la chispa que inclinó a Marro-

protagonistas tuvieron que tomarse un trago muy amargo inmediatamente después de la separación, preparado y brindado por el nuevo defensor de

En 1904 el Estado panameño tuvo que comerse entero el nuevo tratado, que iniciaba así: “La República de Panamá concede a los Estados Unidos, a perpetuidad, el uso, ocupación y control de una zona de tierra, y de tierra cubierta por agua, para la construcción, mantenimiento, funcionamiento, secamiento y protección de un canal”.

los intereses istmeños en Washington, Bunau Varilla, designado por fuerza de las circunstancias su ministro plenipotenciario y, como tal, encargado de ne-

vo tratado, que iniciaba así: “La República de Panamá concede a los Estados Unidos, a perpetuidad, el uso, ocupación y control de una zona de tierra, y de tierra cubierta por agua, para la construcción, mantenimiento, funcionamiento, secamiento y protección de un canal”. E incluía un aparte aún más humillante: “El gobierno de los Estados Unidos podrá intervenir, en cualquier punto de la República, para restablecer la paz pública y el orden constitucional”.

El tratado Hay-Bunau Varilla fue aprobado por el Congreso norteamericano, con alguna oposición de senadores demócratas como Morgan, partidario de la vía de Nicaragua. Tras la aprobación, Roosevelt se dedicó a realizar la gigantesca obra del canal, respaldado en los enormes recursos de su país, que no ahorró esfuerzo alguno para superar los difíciles obstáculos que habían bloqueado a los franceses: la fiebre amarilla, el río Chagres y el Cerro de la Culebra.



▪ Bunau Varilla



gociar un nuevo tratado para la construcción del canal. El francés redactó este tratado bajo los imperativos estadounidenses y en condiciones aún más gravosas y lesivas para la soberanía panameña que el tratado Herrán-Hay, rechazado por el Congreso de Colombia. El gobierno provisional del istmo, además, no podía discutirlo, replantearlo o interferirlo en alguna forma.

Así, a principios de 1904 el Estado panameño tuvo que comerse entero el nue-

En junio de 1904, el primer gobernador estadounidense de la Zona del Canal la declaró abierta al comercio mundial con sus puertos terminales Ancón y Cristóbal, pero bajo el imperio de los aranceles proteccionistas de los Estados Unidos, sin excluir los productos panameños. Roosevelt moderó esta medida para no tener más inconvenientes con su reelección presidencial, a través del secretario de Guerra y futuro presidente William Taft, quién llegó al istmo para establecer el modus operandi de la zona.



▪ John Hay firmando el tratado



Nació de tal suerte Panamá, determinada por la voluntad yanqui, sin soberanía, como una nación completamente sometida, pero con los bolsillos de sus autoridades formales llenos de dólares.

Como prueba de agradecimiento a quien, motivado por la avaricia y el resentimiento contra su patria, había acaudillado el movimiento separatista, la Constitución panameña consagró en su artículo 141: "Podrá ser elegido primer presidente constitucional de la República cualquier ciudadano que, sin ser panameño de nacimiento, hubiere tomado parte activa en la independencia del istmo". Efectivamente, así sucedió con el traidor colombiano Manuel Amador Guerrero, quien fue elegido en 1904 primer presidente constitucional de Panamá, cargo que desempeñó subordinado del todo a las autoridades norteamericanas. Amador Guerrero murió en 1909.

Otro actor principal de la conjura, el coronel Esteban Huertas, proclamado durante esos días por el populacho panameño y los conjurados como héroe nacional, a pesar de haber recibido 30 mil dólares por su felonía, fue designado embajador ambulante por Europa con la asignación

en sus memorias: "De dueños, pasamos a arrendatarios; de libres, al servilismo; y después de deshacernos de Colombia, llegamos a ser los siervos de los sajones y seremos parias en nuestra propia tierra".

Amargado y desilusionado, Huertas se refugió después en su hacienda Quebrada Caballero, ubicada cerca de Agua Dulce, donde tuvo que sufrir la persecución de Manuel Amador Guerrero, quien, creyéndolo traidor a su gobierno, le armó el respectivo expediente para llevarlo a la cárcel. Sólo lo logró por 24 horas, suficientes para postarlo moralmente. Muerto Amador Guerrero, Huertas se dedicó a labores agropecuarias y solamente salía para presidir los desfiles militares con los cuales los panameños celebraban el aniversario de su independencia, en los que lucía su uniforme de general francés, que dada su estatura tuvo que reducir bastante algún sastre. También debía salir de su encierro para defenderse de las medidas fiscales que poco a poco le reducían su pensión. Sin embargo, fueron bastantes los años que sobrevivió a los hechos: terminó sus días en 1943, en medio del alcoholismo y la pobreza.

▪ Amador Guerrero



▪ Belisario Porras

de 50 mil dólares de viáticos, "para estudiar los ejércitos de esos países y estructurar uno similar en Panamá", a pesar de que los Estados Unidos garantizaban la soberanía de la nueva república.

Después de usufructuar este paseo a costa de la traición a su patria, Huertas regresó al istmo para encontrarse con la primera desilusión. El presidente Manuel Amador Guerrero, considerándolo un estorbo, lo había traicionado en connivencia con los Estados Unidos, disponiendo su eliminación del escalafón militar. Su amargura fue tal, que quizás pudo arrepentirse de su infamia, cuando se atrevió a escribir años más tarde

Pero si hubo nacionales que traicionaron a su patria de nacimiento, es digno resaltar el hecho de que también varios panameños ilustres guardaron lealtad a Colombia. Entre ellos, el ya nombrado Belisario Porras, quien se rehusó a aceptar la ciudadanía panameña durante diez años, aún cuando después aceptó los hechos y llegó a la presidencia panameña, y el doctor Pérez y Soto, quién trasladó a Colombia su residencia, negándose a aceptar la panameña.

Pero quizás quien merece todos los elogios por su colombianismo fue Oscar Terán, personaje de una sola pieza, intelectual de alto vuelo, historia-

dor, literato y notable jurista, quien continuó viviendo en la ciudad de Panamá hasta su muerte, negándose a reconocer la existencia de ese departamento como república independiente de Colombia. En su residencia permanecía izada todos los días la bandera nacional. Sostuvo su posición fundando la revista *Motivos colombianos*, donde describió los hechos de la separación del istmo como “el atraco yanqui, mal llamado en Colombia pérdida de Panamá y en Panamá, nuestra independencia”. Dedicó gran parte de su vida posterior a recopilar documentos relacionados con la separación del istmo, para escribir su magistral obra *Del tratado Herrán-Hay al tratado Bunau Varilla*, quizás la más prolífera y documentada obra sobre todas las circunstancias jurídicas nacionales e internacionales de la separación de Panamá. Oscar Terán fue admirado entonces en Colombia, pero el país no ha reconocido su lealtad como se merece.

Las consideraciones anteriores no significan que se desconozca el hecho de que Panamá tuvo

Junta Revolucionaria de Panamá •

José Agustín Arango, Manuel Amador Guerrero y Federico Boyd. De pie, Nicanor A. De Obarrio, Manuel espinoza B., Carlos Constantino Arosemena, Tomás Arias y Ricardo Arias.

durante las primeras décadas de su independencia un desarrollo acelerado, fruto de la compensación a su sumisión a los Estados Unidos equivalente a 250 mil dólares anuales otorgados por ese gobierno, con los cuales realizó obras decisivas para su progreso económico y social, tales como una extensiva campaña educativa, que hizo descender significativamente el analfabetismo en su población. La nueva república también pudo realizar las obras públicas fundamentales para su progreso e integración, elevando de esta manera el nivel de vida de sus habitantes. Además, las obras del canal de Panamá requirieron gran cantidad de obreros y

artesanos istmeños, con lo cual se redujeron el desempleo y la miseria.

Pero quizás el aspecto más significativo fue la extirpación de la fiebre amarilla y de la malaria del territorio panameño, gracias a una campaña de saneamiento ambiental de grandes proporciones adelantada bajo la dirección del famoso médico W. C. Gorgas. Con la construcción del canal, que empezó en 1904 bajo la dirección de una

“¿Hemos llegado a ser tan grandes, nuestro Señor nos ha confiado este poder, para que abusemos de él como valentones? Temo que sea así. Temo que nuestra grandeza nos impida el ser justos, y el pueblo lo teme también”. Senador Pettus, Estados Unidos.

comisión presidida por el almirante Walker, se creó uno de los hospitales más modernos de Suramérica, que previno y evitó lo que había ocurrido a los franceses y sirvió a todos los países del área, incluyendo a Colombia. Pareció, pues, que esta bonanza, el progreso y el desarrollo



social y económico justificaran para Panamá su pérdida de soberanía en beneficio de los Estados Unidos.

En la última entrega de esta crónica sobre los cien años de la pérdida de Panamá, veremos cuáles fueron los últimos intentos de Colombia por recuperar su departamento, los intentos del país por recuperar el tiempo perdido con la guerra y las disputas internas, la construcción del Canal de Panamá y las relaciones de Colombia con los Estados Unidos. ✎